

■ CRÍTICA

Impredecibles criaturas

Klara y el Sol

Autor: Kazuo Ishiguro

Género: novela

Otras obras del autor: *Los restos del día*; *Nunca me abandones*; *Nocturnos*; *El gigante enterrado*; *un artista del mundo flotante*

Editorial: Anagrama, \$ 1.495

Traducción: Mauricio Bach

GABRIEL BELLOMO

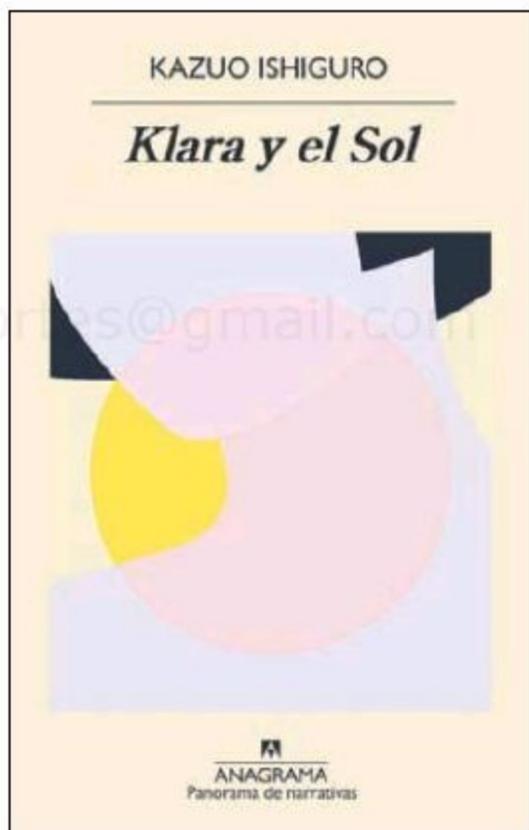
Se diría que *Klara y el sol*, de Kazuo Ishiguro, es una ficción sutil –tal como si hubiera sido escrita sobre papel de arroz con un *fudepen* oriental. Lástima que no se inscribe ya en la triste por certera tradición de las novelas de anticipación del siglo XX (1984, de Orwell; *Un mundo feliz*, de Huxley) y por tanto nos obliga a leerla como lo que es: una excelente novela. Salvo que debilitada, en cierto sentido, porque no relata nada que no podamos presentir como inexorable e inminente.

Ishiguro escribió un magnífico texto testimonial, un alegato de denuncia, una “advertencia” tardía. La creación de Ishiguro nos remite a uno de los extremistas pensamientos de Kierkegaard: “Todo aquello que el hombre es capaz de pensar puede suceder”. El autor que nos cautivó con *Un artista del mundo flotante* y *Los restos del día*, entre otras obras que podríamos llamar “clásicas”, nos aparta de las reminiscencias de aquellas. Y acto seguido, nos obliga a explorar el genio de este extraño escritor británico de origen japonés que declaró con elegante indiferencia: “Soy un escritor cansado que pertenece a una generación cansada”. Me atrevo a pensar que habla de una “humanidad cansada”.

Vayamos a la historia: Klara (AA: Amiga Artificial: una robot diseñada con ese único propósito) es la protagonista principal, aunque no es humana. De la mano de Ishiguro, no obstante, es más que un androide fabricado en serie, y expuesto en el escaparate de una tienda que exhibe y vende estas criaturas concebidas como acompañantes de niños y adolescentes. Obvio: niños saqueados de infancia y aquejados de soledad, heridos por el abandono de padres alienados por el trabajo.

El autor que nos cautivó con *Un artista del mundo flotante* y *Los restos del día*, entre otras obras “clásicas”, nos aparta de las reminiscencias de aquellas.

Por error, o azarosamente, Klara fue dotada de una singular inteligencia emocional. Al menos, así funciona para Josie, adolescente que queda fascinada con no más verla en la vidriera del



negocio y persuade a su madre de que es esa y no otra es la AA que ya adora.

Josie, una jovencita que padece una enfermedad terminal –su única hermana falleció y su madre y su padre están separados–, vive junto a su madre en los suburbios de una ciudad, en un medio rural, y tiene como únicos vecinos a un joven de nombre Rick y a su madre.

Entre Josie y Rick, de edades similares, hay más que una extendida amistad de infancia. Hay un “plan” que los involucra, se aman platónicamente, sueñan con una vida en común.

Y luego está la benévola y misteriosa omnipresencia de K. Y los efectos nutrientes y benéficos que K le atribuye al sol. Y el padre de Josie, quien, como Rick, los dos resisten al “sistema”, se le oponen, deploran la tecnología –hija dilecta del poscapitalismo.

El milagro que habrá de suceder se lo reservo a los lectores de esta rara y necesaria novela. K acompañará a Josie y Rick en una relación compleja aunque honesta, predestinada y más tarde malograda, y en el camino se preguntará, a la manera de los filósofos, por el extraño proceder de las impredecibles criaturas que son los humanos. ■



FOTOG. CEDOC PERFIL